

Orientaciones

DON MIGUEL DE UNAMUNO

HEREJE MAXIMO Y MAESTRO DE
HEREJIAS

Con ocasión de las fiestas del VII Centenario de la Universidad de Salamanca, divulgóse la noticia de que se había impedido y suprimido un homenaje que se intentó hacer a quien fue uno de sus Rectores, el escritor Miguel de Unamuno. Tal noticia sirvió para que periódicos y escritores de ninguna significación ortodoxo-cristiana se desataran en comentarios y frases del más ramplón estilo, en pretendida defensa de aquel heterodoxo escritor de quien han oído decir que fue una lumbrera (!); y al mismo tiempo se expresaron contra el oscurantismo español (?) que no sabe ni quiere reconocer y glorificar a uno de los más grandes pensadores de España.

En realidad quienes así se expresaron han sacado las cosas de quicio, o no han querido ver los dos aspectos tan diversas que existen en todo ese alboroto. Nadie intenta negar que Unamuno haya sido un pensador muy original en muchas cosas, un escritor de estilo vigoroso de gran personalidad, un novelista de inventiva propia y hasta un poeta de cualidades nada comunes. Esos méritos nadie se los discute. Pero otra cosa muy diversa es la ideología filosófica y sobre todo religiosa que encierran los libros de Unamuno. Por grandes que se supongan sus méritos y hasta sus rarezas como escritor o pensador, nada de eso podrá jamás servir para justificar ni aprobar el cúmulo enorme de sus errores de doctrina y sus herejías dogmáticas. Y en esto será siempre un autor absolutamente rechazable para toda conciencia cristiana verdaderamente culta y sincera. Por esta razón se explica muy bien que —tratándose de una Universidad como la de Salamanca, de origen y tradición absolutamente católica, y por más señas actualmente Universidad Pontificia—, tenía que impedirse el homenaje y el elogio que al escritor hereje y descarriado en ideas se intentó tributarle.

Reproducimos aquí parte de la precisa y valiente exposición que a este respecto hizo el brillante escritor Excmo. Dr. Antonio Pildain, Obispo de Canarias, con ocasión de aquel intento de homenaje. Sus palabras parecerán duras, pero son precisas y documentadas; y eran necesarias, para que definitivamente se pusiese término a tanta confusión de ideas en torno a un tópico ya manoseado en exceso. Admire quien quiera —¡allá él!— a Unamuno en sus obras; pero no se pretenda darle carta de ciudadanía en el campo de las creencias y de la tradición cristianas, que él tanto negó, de las que tanto se burló y de las que siempre lo distanció más que el análisis y estudio sincero, el inmenso orgullo de pontífice intelectual que lo dominaba.

P. P. B.

Con verdadero asombro acabamos de enterarnos por la prensa diaria del homenaje que va a rendirse a don Miguel de Unamuno, consistente nada menos que en la inauguración de la casa-museo de su nombre, y todo ello con motivo

del VII centenario de la Universidad de Salamanca.

Con verdadero asombro hemos dicho. Porque si la gloriosa Universidad salmantina representa algo en la historia de las universidades, es cabalmente el

haber sido en sus siglos de oro ejemplar y dechado de universidades católicas.

Nacida en la vieja catedral del Tormes, sin otros lares ni aulas durante lustros enteros que los claustros y la iglesia de la misma catedral, regida por los Prelados salmantinos, confirmada por un rey santo, dotada por primera vez por un Obispo y reglamentada y patrocinada por los Papas, la Universidad salmantina tiene como timbre de su historia y ejecutoria de su nobleza el haberse destacado como una de las más refulgentes constelaciones de ciencia genuinamente ortodoxa, de fidelidad inquebrantablemente católica y hasta de santidad heroica en el cielo de la Iglesia.

Por sus aulas han desfilado, ora a título de profesores, ora en calidad de alumnos, esos astros rutilantes que se llaman Francisco de Vitoria y fray Luis de León, fray Juan de los Angeles y Diego de Estella, Medina y los Sotos, el Tostado y Arias Montano, San Juan de Sahagún y Santo Tomás de Villanueva, Nebrija y Covarrubias, Cano y Ripalda, San Ignacio de Loyola y San Juan de la Cruz, Domingo Báñez y Juan de Santo Tomás, Pedro Ponce y Antonio Agustín, Martín de Azpilcueta y Francisco Suárez, el Cardenal Cisneros y Donoso Cortés.

Y para festejar las efemérides y celebrar el VII centenario de esta insigne Universidad, prototipo en sus épocas más gloriosas de ortodoxia y catolicidad, se ha querido destacar con relieve excepcionalísimo, no a alguna de esas figuras representativas que acabamos de citar, sino al hombre cuya ideología constituye la antítesis más antitética que pueda darse con la ideología característica de la Universidad salmantina; al hombre que es la personificación entre nosotros de todo lo más diametralmente opuesto a lo que en la historia representa "la Universidad española más sensible en punto a ortodoxia, como lo mostró en la Junta de Valladolid contra Erasmo y en su excesiva susceptibilidad contra el propio fray Luis"; al hombre en una palabra, que, llamándose cristiano, ha hecho tal alarde y ha puesto tal insistencia en la negación de los dogmas más fundamentales de la religión católica, que uno de sus críticos más documentados y objetivos le ha calificado de "el mayor hereje español de los tiempos modernos". (González Caminero, S. J., "Unamuno", t. I, página 237).

Unamuno, en efecto —digámoslo con todo el respeto con que debe referirse siempre uno a los muertos, y sobre todo a aquellos cuyos familiares sobreviven aún, pero al propio tiempo con toda la claridad e intrepidez con que debe atender a su oficio de defensor de la fe un Obispo—, se dedicó a negar y a renegar con plena conciencia y contumacia casi todos y cada uno de los dogmas más básicos del catolicismo.

Unamuno en sus libros, que todavía se editan y reeditan y se citan y encomian por escritores católicos, cuando tan desastrosos y perniciosos efectos han causado y continúan causando, en las mentalidades juveniles sobre todo; Unamuno no se contenta con atacar tan sólo alguna que otra de las verdades de fe divina, sino que niega pertinazmente casi todos los dogmas más fundamentales de la religión católica.

niega el dogma de la Santísima Trinidad;

niega el dogma de la encarnación del Verbo;

niega el dogma de la creación del mundo;

niega el dogma de la divinidad de Jesucristo;

niega el dogma de la inmortalidad del alma;

niega el dogma del pecado original;

niega el dogma de la gracia sobrenatural;

niega el dogma de la inspiración de la Biblia;

niega el dogma de la infalibilidad papal;

niega el dogma de la transubstanciación eucarística;

niega el dogma de la eternidad de las penas del infierno;

niega el dogma de la existencia del infierno mismo;

niega el dogma del purgatorio;

y niega el dogma de la gloria del cielo.

Y a ese tenor, y con el más irreverente y arlequinesco de los desenfados, va sembrando las páginas de sus libros de negativas, tan apriorísticas cuanto audaces, de puntos capitales de la doctrina católica, aseverando, por ejemplo, sin otros argumentos que sus "boutades":

1) que fe no es creer lo que no vemos, sino crear lo que no vemos, crearlo y vivirlo y consumirlo;

2) que fe es querer que Dios exista.

3) que la fe en Dios consiste en

crear a Dios;

4) que la incertidumbre aliada a la desesperación forma la base de la fe;

5) que el modo de vivir de la fe es dudar;

6) que fe que no duda es muerta;

7) que el valor de la fe es el afirmar cosas contradictorias entre sí;

8) que en la primitiva generación apostólica era ortodoxa la herejía;

9) que hay que defender la herejía por ser herejía, por su mera cualidad de herética;

10) que en el concilio de Nicea vencieron, como más adelante en el Vaticano, los idiotas, los ingenuos, los Obispos cerriles y voluntariosos;

11) que al pueblo hay que darle fe en sí mismo y no dogmas; que los dogmas él se los haga y deshaga;

12) que los dogmas han matado la fe;

13) que el cristianismo es una salida desesperada que sólo se logra mediante el martirio de la fe, que es la crucifixión de la razón;

14) que filosofía y religión son enemigas entre sí y que es imposible toda posición de acuerdo y armonía persistente entre la religión y la filosofía;

15) que todas las lucubraciones pretendidas, racionales o lógicas, en apoyo de nuestra inmortalidad no son sino abogacía y sofistería;

16) que queda en pie la afirmación escéptica de Hume y no hay manera alguna de probar racionalmente la inmortalidad del alma y que hay, en cambio, modos de probar racionalmente su mortalidad;

17) que nuestra alma ha hecho nuestro cuerpo tanto más que ha sido hecha por él, si es que hay alma.

18) que lo que llamamos alma no es nada más que un término para designar la conciencia individual;

18) que lo que llamamos alma no es alguna especie de materia o no es nada;

20) que tiene la sospecha de que eso del infierno, entendido como lugar de eterno penar, es invención de la poca fe y la mezquindad de corazón de los fariseos;

21) que no hay otro infierno que éste: el que Dios nos olvide y volvamos a la inconcencia de que surgimos;

22) que cuando a Luzbel le toque morir, para renacer a nueva vida creada en sí mismo, verá que no fue realmente soberbio y que amó siempre a Dios;

23) que hacer depender la consecución de la felicidad eterna de que se

crea o no que Jesús es Dios o hasta siquiera de que haya Dios, resulta una monstruosidad;

24) que las supuestas pruebas clásicas de la existencia de Dios no prueban nada;

25) que es el furioso anhelo de dar finalidad al universo lo que nos ha llevado a creer en Dios, a crear a Dios;

26) que Dios y el hombre se hacen mutuamente;

27) que Dios es la conciencia eterna e infinita del universo, conciencia presa de la materia y luchando por libertarse de ella;

28) que la obra de la caridad, del amor a Dios, es tratar de libertarse de la materia bruta;

29) que la dogmática católica es un sistema de contradicciones, mejor o peor concordadas;

30) que la Trinidad fue un cierto pacto entre el monoteísmo y el politeísmo;

31) que entre las grandes novelas o poemas épicos, que es igual, cuenta él, desde luego, los evangelios de la historia de Cristo;

32) que no es evangelio el dogma de la divinidad de Jesucristo;

33) que fueron los hombres los que hicieron Dios al Cristo;

34) que el cuarto evangelio marca ya adulteración del espíritu cristiano por el pagano o místico;

35) que Jesús de Nazareth erró al creer en el próximo fin del mundo;

36) que cierto escritor portugués vuelve otra vez a hablarnos del sempiterno casamiento de Venus con Jesús, y que esto es cosa que hará horrorizarse a algún timorato que no tenga de Jesús idea más clara que de Venus;

37) que el culto a la Santísima Virgen es un culto idolátrico a la Madre de Dios;

38) que el culto a la Virgen, la mariología, ha ido poco a poco elevando lo divino de la Virgen hasta casi deificarla;

39) que el pueblo no hace sino ensalzarla más y más alto, pujando por ponerla al lado del Padre mismo, a su igual, en el seno de la Trinidad, que pasaría a ser cuaternidad, si no es ya que la identifica con el Espíritu Santo, como con el Verbo se identificó al Hijo;

40) que la pobre humanidad dolorida es la Madre de Dios, pues que en ella, en su seno encarna la eterna conciencia del universo y la saluda con la paro-

dia blasfema: "¡Dios te salve, Humanidad, llena eres de gracia!"

41) que eso del reinado social de Jesucristo es la cantinela con la que nos vienen los jesuitas, los degenerados hijos de Iñigo de Loyola;

42) que derecho y deber no son sentimientos religiosos cristianos, y que después de Constantino nació esa cosa horrenda que se llama Derecho canónico;

43) que el dogma jesuítico de la infalibilidad pontificia es un dogma militarista engendrado en el seno de una milicia, de una Compañía fundada por un antiguo soldado, un militar;

44) que el culto del Sagrado Corazón de Jesús es el sepulcro de la religión cristiana;

45) que para nacionalizar de veras a España, una de las cosas que más falta hacen es descatólizarla en el sentido en que cierto general español y sus consejeros y directores espirituales tomaban el catolicismo, y añadiendo que acaso haya otro sentido en que quepa decir que la Iglesia romana se está descatólizando, etc., etc.

* * *

Y a este hombre, que descatólizando ciertamente, y en el peor de los sentidos, a millares de hijos de España, se dedicó a verter en sus artículos y en las páginas de sus libros toda esa balumba de errores, impiedades y herejías con una obstinación tal que le ha merecido de parte del mismo profundo crítico antes citado la calificación de "el más acérrimo enemigo de la fe católica de sus compatriotas"; a este hombre que fue entre nosotros casi el único y, desde luego, el más dañino, persistente y obstinado propagandista que en España ha tenido ese amasijo de herejías denominadas modernismo, tan solemnemente condenado por Pío X y vuelto a condenar por Pío XII; a Unamuno, que ha tenido la sacrilega osadía de declarar a Lutero "columna miliaria del cristianismo interior" y que no ha tenido empacho en confesar que "el núcleo de su estudio sobre la fe —núcleo, a su vez, de toda su ideología— es de obras de teología luterana"; a Unamuno, que, adhiriéndose a uno de los sectores más extremos y radicales del luteranismo mo-

derno, se jactó de profesar un cristianismo sin milagros, sin dogmas y sin creencia ni en el de la divinidad de Jesucristo. . .

A ese hombre se le ha elegido entre todos los centenares de profesores que en sus siete siglos de existencia han aureolado la Universidad salmantina, para rendirle un homenaje singular, sin duda como al que mejor personifica el espíritu de aquella Salamanca universitaria, la "Roma chica", uno de los baluartes más inexpugnables de la Contrarreforma.

* * *

Unamuno, cuya originalidad tanto celebran los que no conocen los libros sobre que calcaba, constituye por sí mismo una de las pruebas concretas más fehacientes de la amarga pero profunda verdad que encierran las tremendas frases del gran Menéndez y Pelayo, cuando, tras la magistral inducción verificada a través de su "Historia de los heterodoxos españoles", escribía: "No nos queda ni ciencia indígena, ni política nacional, ni, a duras penas, arte y literatura propia. Cuanto hacemos es remedo y trasunto débil de lo que en otras partes vemos aclamado. Somos incrédulos por moda y por parecer hombres de mucha fortaleza intelectual. Cuando nos ponemos a racionalistas o positivistas, lo hacemos pésimamente, sin originalidad alguna, como no sea en lo estrafalario y en lo grotesco."

Despojad, en efecto, las páginas unamunianas de cuanto tienen de estrafalario y grotesco y os encontraréis, en una gran parte de las de sus obras más celebradas, con las ideas mondas y lirondas de Kant y Hegel, de Schopenhauer y William James, de Ibsen y Kierkegaard y, sobre todo, con las de su triada predilecta, de los que preferentemente se sirvió, según confesión propia, para el estudio de la teología luterana, de Hermann, de Harnack y de Ritschl; autores cuyos libros manoseados, subrayados y acotados por Unamuno, habrán de ocupar sin duda lugar preferente en su casa-museo.

(Extractos de la carta pastoral del Obispo de Canarias, de 19 de Septiembre de 1953).

